Este Sr. Laserna creo que también es autor dramático, pero no de mi tiempo; á éste ya no le alcancé yo, 6, mejor dicho, no me alcanzó él á mí. Ni me alcanzará probablemente; porque en tratándose de estos autores nuevos, esperanza de nuestra escena, no me alcanza un galgo.



## EDUARDO DE PALACIO

(FRAGMENTOS) (1)

I

OMPAREN ustedes los chistes que habrá dicho y escrito en este mundo el conde de Toreno ú otro C. cualquiera, Alonso Martínez, por ejemplo, con los chistes que habrá dicho y escrito Eduardo de Palacio.

Bueno; pues ahora comparemos todas las pesetas que llevará cobradas Queipo de Llano con eso de haber sido Ministro y Presidente de las Cortes, y ser ahora cesante con celo é inteligencia y con el haber que por clasificación dicen que le corresponde; comparemos, digo, esas pesetas, reducidas ó no á reales, con las pesetas ó perros chicos que le habrán valido á Palacio sus gracias orales y chistes de pluma.

¡Ohl Indudablemente es mucho más lucrativo ser hombre serio. Y, además, es mucho más cómodo. Con serlo de una vez para toda la vida, basta.

<sup>(1)</sup> No fragmentos de Sentimientos, sino de una semblanza.

222

Toreno y Alonso son hoy serios como ayer, mañana como hoy, y siempre igual; y lejos de parecer esto pesado, todo el mundo lo encuentra corriente, y lo que se les echaría en cara sería que se convirtiesen en gente alegre y vivaracha, siquiera por variar. En cambio, el que cobra si dice ó escribe chistes, e si non, non, necesita inventar ocurrencias nuevas todos los días, Euardo de Palacio, por ejemplo, ha publicado mil gracias que le hacían al lector desternillarse de risa: sí, pero á pesar de todo, no podía ni puede repetir aquellos rasgos de ingenio, ni aludir á ellos, ni menos decir jamás: esse acuerdan ustedes de aquel chiste mío que les puso á ustedes malos de tanto como les hizo reir?» No puede decir esto, ni acordarse de tal gracia en su vida; y la gracia á estas horas está envolviendo cominos ó garbanzos en alguna abacería.

En tanto, las vulgaridades y los solecismos cuasi parlamentarios de Toreno y Alonso Martínez, ahí están inmortalizándose en el Diario de las Sesiones, guardados con no menos precauciones que la momia del gran Sesostris, dispuestos á pasar á una remota posteridad, incólumes y oriundos, como decía un poeta paisano de Toreno. El chiste de Palacio, definitivamente perdido, le valió... quiero yo suponer, dos reales, porque en aquel artículo en que se publicó, y por el cual le die ron cinco ó seis duros, había lo menos otros cincuenta chistes; total, á dos reales cada uno; y eso sin contar con los gastos de tinta, papel, uñas, si se las muerde Palacio para escribir como para hablar, interés del capital gastado en criarse, trajearse, instruírse, inspirarse (vaya esto á la cuenta de la fonda), entretenerse, y, por último, crearse una familia y un casero para complemento armónico de su existencia y la de su cónyuge; hijos, hijas, aguador, si no tiene agua en casa, portero, etc., etc., y suscriciones nacionales. Por supuesto, que no quiero echármelas aquí de economista, y no cuento, como los tales, la prima del seguro, ni el seguro de la prima, ni la prima del riesgo, ni el riesgo de la prima, etc., etc., como cuentan los capitalistas, cuando se trata de hacernos sudar á nosotros, los míseros jornaleros, por pocos cuartos. Demos, pues, de barato que cada chiste valga dos reales.

¡Dios mío! ¡Cuántos chistes, todos nuevos, necesitará Palacio para luchar por la arrastrada existencia, con algunas esperanzas de buen éxito!

И

Una noche—si no recuerdo mal, la primera vez que yo vi á Sentimientos—se estrenaba en cierto teatro, ó si no era estreno era una reprisse (usaré la palabra españo-la exactamente igual en significado y fuerza de expresión á la francesa, cuando la Academia la descubra), se estrenaba un juguete de Palacio, si me es fiel la memo-

224

ria, El toro de gracia, y todo el público rió de corazón, y yo como el que más; después de la representación, cuando el autor todavía se esponjaba con el natural alborozo y sudaba, merced á los apretados abrazos de amigos y aficionados, llega una especie de Iris doméstica y habla al oído del poeta, el cual palidece al momento; pero recobrándose en seguida, sonríe, sin retorcer labio ni ceja, como dijo Ercilla, hablando del valor de Caupolicán, coge el sombrero y se dirige á la calle.

-: Oué le pasa á usted? gritamos todos, ó casi todos.

—Nada, señores, no es nada. No asustarse. Una cogida. Esta fámula me anuncia que acabo de volver á ser padre; mi mujer ha dado á luz mientras ustedes estaban diciendo: «¡Que salga el autor! Han salido el autor é hijo. Vaya, caballeros, buenas noches y dispensar.» Y se fué el laureado poeta con cara de pascua; pero se conocía que otra le quedaba; era un valiente, y por eso

## alargó la cabeza y tendió el cuello,

como el audaz Galvarino, á la sentencia de la fortuna, pero es claro que la idea de la reproducción, halagadora per se, se mezclaba en su espíritu á otras consideraciones, amargas éstas, referentes á la carestía de los comestibles, prendas de vestir, etc., etc.

—¡No me gusta repetirmel iría pensando el poeta. Los hijos se suceden y se parecen, por lo menos en el mamar, comer y romper zapatos, y las ocurrencias originales, en prosa ó verso, con que hay que comprarles tantas cosas como necesitan, ni se pueden repetir, ni se pueden cobrar más que una vez. Mi mujer pariendo, no hace nada nuevo; yo, alimentando el fruto de nuestro amor y de sus partos, tengo que buscar novedades ingeniosas debajo de las piedras. Me han dicho que la nueva comedia iba á ser para mí una mina; acaso, pero ahí está la contramina, el nuevo hijo. ¡Los hijos! Mucho se les quiere; pero cuestan un dineral. Sí, tanto quiero á mis hijos, que me los comería. Pero después resulta que son ellos quien me comen á mí... un lado por lo menos.

Este monólogo que pongo en el pensamiento de Palacio mientras va camino de su hogar, cargado de laureles, á reconocer aquel *plus* de prole que tiene en casa, este monólogo no me negareis vosotros, padres que teneis hijos, que es muy verosímil.

La relación de la economía al arte, además, es muy importante cuando se trata de estudiar al literato. Balzac hubiera hecho obras menos defectuosás (aunque tal vez no de más inspiración y genio) si hubiese tenido menos deudas. Los acreedores le acosaban, y temporada hubo en que, para echar un poco de carne á tales fieras, tuvo que trabijar... ¡dieciocho horas diarias!

Lope de Vega, que, como dice muy bien un crítico italiano, aunque hubiera escrito menos no hubiera tenido más genio, sin embargo, nos habría dejado mayor número de comedias excelentes de haber consagrado más tiempo á la composición de cada una. No me consta de Lope que fuesen apuros pecuniarios lo que le moviese á darse tanta prisa á producir escenas; pero es verosímil que alguna influencia haya tenido en esta prodigiosa actividad el acicate del mal llamado vil interés.

Eduardo Palacio también escribe muchísimo; y aunque no sé si éste tiene acreedores que le ladren (y he de suponer que no), basta considerar lo caro que está el pan, el vino y demás artículos de comer, beber y arder, sin contar con el casero, los sablazos, los aguinaldos, etc., etc., para comprender que el que vive de las letras y tiene esposa é hijos varios, tenga necesidad de volverse loco inventando chistes escritos, que le pagan á dos reales, según nuestro cálculo.

Los defectos de los artículos de Palacio nacen, en su mayor parte, de esta relación del arte á los comestibles. Él es periodista, y nada más que periodista; pero es periodista literario; no va á medrar á la prensa, sino á trabajar... y hay que trabajar mucho en España para sacarle á la pluma el pan nuestro de cada día. Esto no lo advierto para que el lector de Palacio le perdone sus desaliños hasta el punto de encontrar hermoso lo que no lo sea, no: en este punto no hay entrañas posibles; en el arte no se mira lo que pueda ser causa ocasional del defecto; éste hiere el gusto como nota discordante, y para semejante impresión desagradable no hay remedio. No va, pues, lo dicho en son de disculpa

y como para indicar que los defectos que nazcan de la prisa con que escribe no se le tomen á Sentimientos en cuenta. Bueno, que se le tomen.

Pero, hecha esta advertencia, me queda derecho para decir que si Palacio fuera rico, ó en España se pagara un poco mejor la literatura, tendríamos en él un humorista correcto, un digno sucesor de aquellos amenos y atildados literatos que renovaron en España la descripción perspicaz y graciosa de las costumbres.

## m

Tal como es, y á pesar de la precipitación con que trabaja, verdadero fenómeno de fecundidad, Palacio es uno de los pocos escritores á diario que siempre se puede leer, y que puede siempre firmar, porque está seguro de no dar su nombre á una tontería.

Lleva consigo su ingenio; con esto le basta para no parecerse nunca á la turbamulta de escritores insulsos, que llenan diarios, semanarios, revistas y hasta libros, de vulgaridades sosas, de cosas que se llaman medianas y son pésimas. ¡Cuántos escriben prevaliéndose de tal·ó cual ventajilla accidental que nada tiene que ver con el ingenio, con esa espontaneidad, sello que no puede falsificarse, del literato verdaderol

Eduardo de Palacio tiene que defenderse, entre los los inconvenientes mil que en el arte de escribir le asedian, sólo con su gracia inimitable, con su vis cómica original, española como ella sola. Tiene en contra suya el tiempo, la clase de vida que hace y á la que ya no puede arrancarse por la fuerza del hábito, y porque para observar y pintar lo que observa y pinta, se necesita vivir entre el bullicio; y además, el poco tiempo que le queda después de trabajar no ha de gastarlo en descubrir un nuevo sistema planetario ó en presentar enmiendas al proyecto de lo contencioso.

A pesar de todas estas contrariedades, triunfa, se hace leer. Tiene recursos cómicos completamente suyos; su estilo es una especie de refracción cómica de la realidad. Así como un palo derecho metido hasta cierto punto en el agua parece torcido, la realidad, vista al través de los artículos de Palacio, se refracta y toma líneas de caricatura. No creo que Eduardo de Palacio sea ya capaz de escribir con toda formalidad. No puede tomar nada completamente en serio. Ni los toros.

He oído á algunos envidiosos que Sentimientos no es un verdadero inteligente en tauromaquia. Confieso que yo le tenía por el Aristóteles del arte. De todas maneras, las revistas de toros de Sentimientos son al arte de Lagartijo lo que las críticas de Sainte Beuve eran á la literatura francesa; Sentimientos forma la opinión de millares de españoles que, con harto dolor de su alma, no pueden presenciar las corridas de Madrid.

Los artículos taurómacos, si se puede decir así, de

Sentimientos, son casi siempre literarios; sin perjuicio de la sincera admiración que despierta en el crítico alguna estocada que otra, hay en esas revistas una intención cómica extraña á la plaza y sus intereses, y muy por encima, las más veces, de la inteligencia del público exclusivamente torero. Es más; hasta comprendo que indignen á los beligerantes del ruedo y del trapo las cuchufletas del revistero de El Imparcial. De Homero acá, nadie ha sabido poner motes á las cosas tan bien como Palacio se los pone á los caballos que entran en la suerte de la pica. Con motivo de esos pobres inválidos, ha hecho burla, por medio de epítetos y símiles, de todas las cosas ridículas de su tiempo.

Como el arte del toreo es, en efecto, una de las cosas que más populares son en España; como uno de los pocos deseos de la Soberanía Nacional que están claramente determinados es ése, que siga habiendo toros, el ingenio, que siempre ha sido un poco cortesano (de los reyes ó del pueblo), ha tenido que meterse á revistero de corridas. Ejemplo de ello, Sentimientos, Sobaquillo, UnAlguacil y otros varios. Y no me parece mal, dada la necesidad de los toros. Yo conozco un filósofo, de los pocos buenos que hay en España, que no pierde corrida. Mientras las haya, y los periódicos más leídos consagren columnas y columnas á describir tal espectácu lo, más vale que sean escritores graciosos y de cultivado ingenio los que den ese pasto espiritual al pueblo. Así como hay un cateder-socialismus, podría haber una

cateder tauromaquia; y Sentimientos, Sobaquillo, etc., son, en rigor, toreros de la cátedra.

Lo que puedo decir es que una tarde necesitaba yo un tendido y no parecía ni por un ojo de la cara. Estaba prohibida la reventa. Me fuí al Suizo, vi á Sentimientos, éste adivinó mi deseo, salió conmigo al ensanche, y con solo una vuelta por la calle de Sevilla, y sin más que dos ó tres señas de conjurado, á los tres minutos me apretó la mano dejándome en ella el billete apetecido. ¡Era una influencial A lo menos en la crítica tauromáquica hay dinidad; al crítico de toros le respetan toreros, revendedores y hasta monos sabios. Mientras en la crítica literaria... recuerden ustedes lo que le pasó á Bofill.

Eduardo de Palacio escribe de modo que parece que se burla de su propio ingenio al escribir; por lo menos se burla de la pícara suerte que le obliga á trabajar tanto y tan de prisa. De aquí nace una especie de modestia muy sincera y muy simpática. Si de algún escritor se puede decir que no tiene pretensiones, es de éste.

Y sin embargo, podría tenerlas.

Hay en él algo muy castizo; no precisamente en el lenguaje, no en elementos gramaticales, sino en la índole de su ingenio y en su buen sentido positivo, claro, á lo Sancho Panza, entendiendo á Sancho Panza, no como el eliché de cierta crítica quiere, sino según es él,

en realidad, especialmente en algunos capítulos, como el del abandono de la ínsula.

Palacio parece un rezagado de la novela picaresca. Es un genuino literato español, sobre todo por lo de tener sal de la tierra.

¡Cuántos escritores castizos andan por ahí que no tienen ni la sal del bautismo!

Para concluir; en cuanto á señas personales, Sentimientos—lo digo con su singular—es de mi escuela: feo.